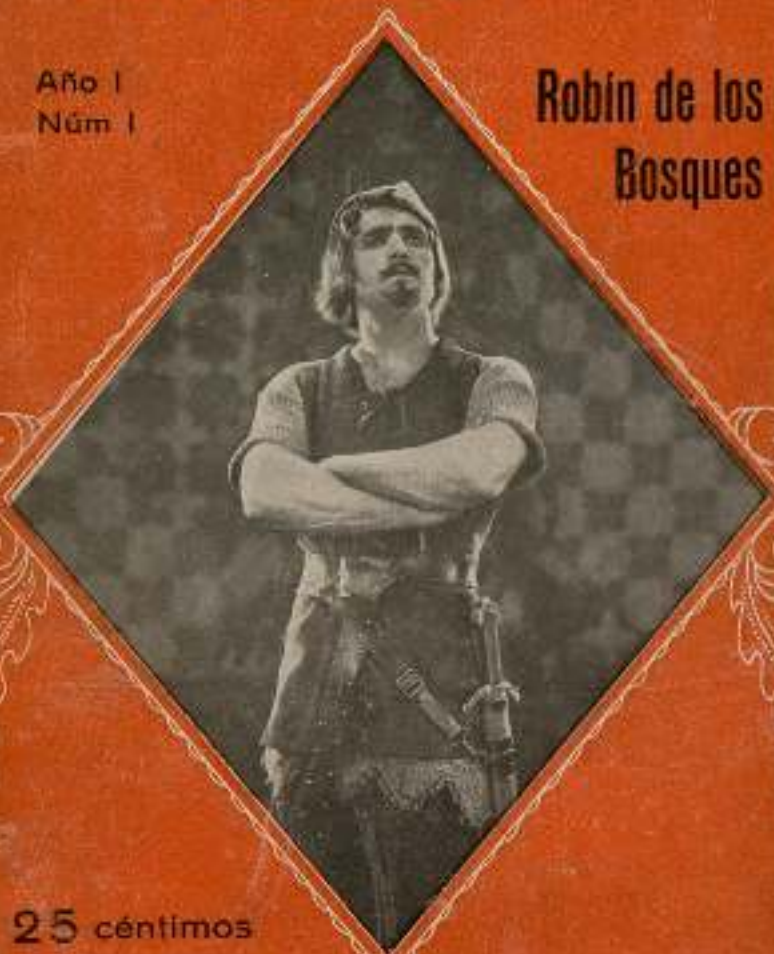


Novela Popular Cinematográfica

Año I
Núm I

Robin de los
Bosques



25 céntimos

Revista Semanal

A NUESTROS LECTORES

Con el argumento de la grandiosa cinta «Robin de los Bosques», que ha alcanzado un éxito excepcional, comenzamos esta nueva publicación cinematográfica.

Nuestros lectores, como pueden ver por la presente novela, van a contar, en lo sucesivo, con una publicación, en todos los aspectos, interesante.

El hecho de inaugurar estas novelas cinematográficas con «Robin de los Bosques», es ya en cierto modo demostrativo de lo que nos proponemos. Y ello es lo siguiente:

Ofrecer cada semana, al lector curioso de las novedades del cine, una bellísima e interesante novela, basada en las cintas que obtengan mayor éxito. Y, de vez en vez, ofrecer igualmente el argumento de aquellas otras cintas, proyectadas ya hace tiempo, pero cuya proyección fué un suceso memorable.

De modo que, aquellos que quieran coleccionar toda una serie de bellezas cinematográficas, después de verlas en la cinta, encontrarán en nuestra publicación el complemento, adornado literariamente, de la satisfacción que sintieran. Y, además, con la lectura se podrá siempre y en toda ocasión revivir el recuerdo que dejara la proyección vista, ya sea este recuerdo de unos amores, ya sea de un paisaje, ya

de una aventura, o ya de cualquier otra naturaleza, emotiva o sentimental.

Estas novelas, además de reseñar, detalladamente, todos los episodios de las películas, insistirán, con frecuencia, en la pintura de los lugares donde se desarrolle la acción, en el estudio de los caracteres peculiares de las gentes que tomen parte en ellas, en la descripción típica de los paisajes, en el análisis de las pasiones de los protagonistas, como asimismo en cuanto sea primordial para hacer más fácil la comprensión del drama íntimo o externo que en la cinta tenga lugar.

Si es verdad que el interés de una cinta se recomienda por sí mismo, si el espectador cuenta con un argumento en que se le explique, además de los pormenores de los episodios, la esencia íntima en que se fundamentan, este interés, sin duda alguna, se acrecentará, se hará más intenso, produciendo así un doble efecto emocional, el ya existente en lo que se presencia y el otro de haber penetrado en la intimidad de los personajes, cuyas acciones desfilan ante nuestra vista.

Y eso es lo que pretendemos ofrecer, con esta publicación, a nuestros lectores.

En esta primera novela, que como decimos se basa en «Robin de los Bosques», cuya proyección ha sido un acontecimiento extraordinario, puede el lector advertir la existencia de esos elementos descriptivos de que hemos hecho mención.

«Robin de los Bosques» es una cinta cuya acción

tiene lugar en la Edad Media. Pues bien; en la novela se describen algunas costumbres de aquella época; se habla de ciertas cosas propias de aquel tiempo, ya desaparecidas; se hacen observaciones sobre trajes, usos, fiestas y otras particularidades, tan curiosas como pintorescas. Así, a la impresión vivida de la proyección, se añade el elemento de la descripción literaria, no menos vivo.

Especialmente se insiste en estas páginas, en el carácter heroico de los amores del protagonista, lo cual es de un interés esencial, en novelas de esta naturaleza.

Y lo mismo que se hace en «Robin de los Bosques», se hará en cuantas novelas se escriban especialmente para esta publicación: Aumentar con las descripciones el interés del argumento cinematográfico; hacer duradera, imprimiéndola, la emoción despertada por una cinta; procurar que permanezca, para poderlo reavivar con la lectura, todo lo valioso que se encierra en un drama, cuya proyección nos produjo fuertes e intensas impresiones. Y, por otra parte, como ya hemos dicho, acrecentar todo ese mundo de sensaciones, con elementos descriptivos de cuantas pasiones íntimas intervienen en la cinta, donde sólo aparece el resultado de la explosión de esas pasiones, no, generalmente, el medio en que pudieron florecer y el mecanismo profundo de su florecimiento.

Las más interesantes cintas que se hayan proyectado y, especialmente, las mejores que en lo sucesivo se proyecten, serán escogidas para nuestra novela.

Formaremos así un verdadero archivo de lo mejor que ofrezca, y haya ofrecido en el pasado, el arte cinematográfico. Y procuraremos poner al servicio de esta empresa, para goce de los aficionados a la novela sensacional y emocionante, cuya expresión más fiel, sin duda, es de esencia cinematográfica, todos los adelantos del arte impreso y fotográfico, para que, además del goce de la lectura, haya el de la vista, gozosa de la bella impresión y las perfectas reproducciones: del artista protagonista para la cubierta, y de una de las escenas más culminantes para incluirla en el texto.

Confiamos por todo esto en la buena acogida, para esta nueva publicación, de todos nuestros lectores.

PUBLICACIONES MUNDIAL

Robín de los Bosques

I

Estamos en plena Edad Media; en la época de las Cruzadas; cuando los hombres luchan hasta el sacrificio por sus reyes, los cuales también, alguna vez, saben sacrificarse en bien de sus vasallos. Época romántica y heroica. Sobre los campos, en las más altas montañas y cerca de los bosques seculares, se alzan castillos feudales, en los que el arte puso todos sus terrores, todas sus galas. Castillos de ensueño algunos de ellos, rodeados de parques y de lagunas y, especialmente, de fosos, sobre los que se tienden puentes levadizos. Los hombres y las cosas tienen un tono bien característico, propicio a las leyendas y a los cuentos en que se habla de aventuras tan extraordinarias como bellas.

El Rey de Inglaterra, Ricardo Corazón de León, se dispone a partir, al frente de sus tropas, hacia Tierra Santa, hacia la Palestina. Va a emprender una Cruzada contra los infieles. Perfecta expresión de las guerras de la Edad Media. Se va a lejanas tierras para convertir a las gentes.

En el castillo real se prepara todo para la partida. El soberano ha convocado a todos los caballeros de su reino para un gran torneo, fiesta incomparable, en la que se ha de demostrar la destreza, el valor y la

acometividad, que cada uno posee. Al vencedor supremo, Ricardo Corazón de León, ha resuelto otorgarle el mando general de la futura Cruzada. Los dos campeones más formidables que se disputan, en último extremo, el premio de la victoria en el torneo, son: Lay de Gishourne, hombre ambicioso y sin escrúpulo; personaje torvo, traidor e hipócrita; favorito, por otra parte, del príncipe Juan, hermano del Rey, ya envidioso de su fama, de su gloria y de su trono. El adversario de Gishourne es el conde de Huntingdon, caballero leal, simpático, franco, de ánimo abierto y favorito del Rey.

Los preparativos para el torneo han sido suntuosos. El castillo arde, rutilante, y brilla con fulgores de astro. Luces y flores por doquiera; bellas damas; banderas, lanzas, armas de toda clase. Caballeros que hacen saltar inverosímilmente a sus caballos, enjazzados regiamente. Soldados, con los más bizarros y pintorescos trajes, forman juegos múltiples sin que ni por un momento se rompa la armonía del conjunto. Fiesta medioeval, llena de encanto y de sugestión. Espectáculo de una belleza inenarrable. Maravillosa y deliciosa profusión de las cosas más agradables a la vista y a los sentidos...

El Rey, en su trono improvisado, presencia la fiesta. A su lado está su hermano Juan, tipo repulsivo, de cara alargada y en la que se refleja perfectamente la maldad de su alma.

En otro trono, está la reina de la fiesta, Lady Marian. Lady Marian había sido proclamada la reina del Amor y de la Belleza para presidir el torneo; pues todas estas fiestas habían de ser presididas, además de por el Rey, por una dama de alta alcurnia, la más bella de todas, y esta reina, terminada la fiesta, era la que había de colocar la corona de la victoria al triunfador.

Lady Marian está enamorada del conde de Huntingdon. Desea, pues, su triunfo en el torneo. Y está inquieta y desasosegada en su trono. En sus ojos, que miran sin cesar hacia el campo donde la lucha va a tener lugar, se ve por completo el reflejo de su alma enamorada. Hablan elocuentemente las miradas de sus ojos.

También el Rey está muy interesado en la lucha. Cruza apuestas con su hermano, seguro del triunfo de su favorito, el conde.

Y el príncipe Juan, que desea el triunfo de su torvo amigo Gishourne, se muestra también visiblemente intranquilo.

El conde Huntingdon nada sabe del enamoramiento de Lady Marian. Ninguna otra mujer, tampoco, hasta ahora, logró interesarle. Lleva una vida alegre, juvenil, franca, de amistad con cuantas personas le rodean, sean de la clase que fueran, y para todos tiene las mayores atenciones y hasta los más delicados y cariñosos cuidados. Se da por entero a la vida, a la lucha, y su fuerza y su franqueza son en verdad un espectáculo admirable. Nada tiene, pues, de extraño que Lady Marian, la bella reina del torneo, le ame; como asimismo tampoco es de extrañar que el Rey le quiera y le admire.

Pero una de las personas que más le quieren, no obstante estar tan rodeado de cariño, es su escudero, joven lleno de fuerza y de bondad.

Su adversario en el torneo, Gishourne, por el contrario, despierta pocas simpatías, y está, al parecer, enamorado de Lady Marian. Decimos al parecer, porque más bien que amor, dada la psicología de este personaje, lo que siente es deseo, un loco deseo de que la bella Marian sea suya.

De modo, que además de la rivalidad que van a ventilar en la fiesta, existe esta otra, más duradera,

más honda, aunque sólo por parte del siniestro Gisbourne. Huntingdon, que no está enamorado y que ignora ser objeto de un amor, vive más confiado, y se dispone a la lucha, alegre y sin inquietud, seguro de su fuerza, de su destreza y de su valor.

Todo está ya preparado para dar comienzo al combate. Las filas de soldados guardan la explanada en que Gisbourne y Huntingdon han de luchar. Detrás de las abigarradas masas de soldados, con sus lanzas y banderas, han tomado sitio las gentes del pueblo, artesanos en su mayoría, que gustan de presenciar estas fiestas extraordinarias.

En todas partes y entre todas las gentes se cruzan apuestas y la mayoría confían en la victoria del conde. Los soldados, sobre los que habrá de ejercer mando el que salga victorioso, como tienen grandes simpatías por el favorito del Rey, también están vivamente interesados en el probable resultado del torneo. Y es fácil advertir, en sus miradas, lo que se oculta en lo más íntimo de sus almas.

De todos los ámbitos que forman el círculo, parten hacia los dos luchadores miradas que hablan. Un espectador atento podría observar cuánta simpatía despierta, en la gran mayoría del público, el joven y noble conde de Huntingdon. Su alegría, su franqueza, su jovialidad, se imponen. En cambio, la extraña caducidad de Gisbourne parece dar lugar al nacimiento de una viva, profunda repulsión.

Crece por momentos el interés de todos cuantos esperan, ya impacientes, el pronto término de sus dudas. En algunos rostros, tanta es la inquietud de la espera dudosa, se advierte un sufrimiento terrible, aunque callado, por la temida derrota de la persona para la que se quiere el triunfo. Tal el del príncipe Juan, que se torna pálido; tal el de la reina de la fiesta. El primero teme que sea derrotado su favorito,

Gisbourne. Lady Marian sufre de pensar que pueda no salir victorioso el joven conde a quien ella tanto ama.

Los luchadores, seguidos de sus respectivos escuderos, montando caballos que más que correr, vuelan, se disponen ya al combate. Un momento después, los dos adversarios se encuentran frente a frente. El conde mira a su rival con simpatía; su rival le mira a él con odio.

Caracolean los caballos, ante las miradas brillantes de la multitud. La fiesta llega a su apogeo. Todo brilla y todo tiembla a impulsos de la emoción. Un silencio profundo reina, en el cual puede percibirse claramente el latir de los corazones.

Vuelan los caballos y tiene lugar el choque de los adversarios. Es un choque terrible, arrollador, impulsado en Gisbourne por el odio; en el conde por el valor y la serenidad de la propia fuerza. Se suceden los choques y al fin, el conde de Huntingdon sale triunfante, en toda la línea, de su rival.

En medio de las aclamaciones generales henchidas de entusiasmo, Ricardo Corazón de León proclama jefe de los Cruzados al conde de Huntingdon, vencedor en el torneo.

II

Para celebrar el triunfo del conde, el Rey organiza fiestas brillantes y espléndidos banquetes. Los grandes salones del castillo real, en los que se amontonan las más raras y bellas obras de arte, están llenos de gentes gozosas y alegres, que celebran, estruendosamente, el acontecimiento, en verdad, por todos deseado. Hasta los soldados, en sus departamen-

tos especiales, se entregan a diversiones extrañas, completamente en libertad. Todo el castillo arde en fiestas. Por dondequiera la alegría puede verse en los rostros. Aquí son los caballeros, allá las damas, acullá las tropas, en esta otra parte unos amigos que se han apartado del tumulto general; allá, en un salón apartado, algún solitario se divierte solo o a lo más con otro amigo.

Parejas de enamorados, junto a las columnas, se entregan al idilio eterno, con las manos juntas y las miradas frente a frente, balbuceando apenas los primitivos y sensibles juramentos de amor eterno.

Un goce colectivo, hace que el ambiente esté henchido de alegría sana, de alegría que se dijera inacabable.

Nadie sospecharía que el triunfo de un solo hombre sobre otro, pudiera ser causa de tal gozoso estado de ánimo general. Más podría creerse que se había ganado, para bien del país entero, en cualquier tierra lejana, una batalla decisiva. Si bien el emprender una Cruzada era entonces motivo suficiente para la alegría de todos, esta alegría tan ruidosa más parecía propia de la vuelta, victoriosa, de Tierra Santa, que no de los preliminares para partir a la indecisa victoria.

Sólo en una mesa apartada, el príncipe Juan y su compinche Gisbourne, no participaban de la general satisfacción. Para alejar de sí toda preocupación, bebían sin cesar, hasta emborracharse plobeyamente. Y en su borrachera, imaginaban planes infames contra el Rey y contra el conde.

El príncipe deseaba la muerte de su hermano para ocupar su trono y pensaba en matarle, más pronto o más tarde, si su muerte natural no se acercaba con la prontitud por él deseada. Gisbourne deseaba la muerte del conde, para poder así disponer de la suerte de Lady Marian. Y cuando los hombres desean y

planean la muerte de sus semejantes, no pueden ser felices, no pueden gozar de alegría. Sus torvos pensamientos son enemigos de estas francas satisfacciones.

Aquí están, junto a una mesa, solitarios, tristes, denigrados por los instintos más groseros de la naturaleza humana.

En tanto Huntingdon se divierte con unos soldados que le admiran y que se asombran de su extraordinario valor, juega y ríe con ellos francamente, jovialmente.

El rey va en su busca. Quiere que al partir para la Cruzada, el conde vaya enamorado de alguna de las damas del castillo. Sabe que el hombre enamorado es el más valiente en los campos de batalla, y aunque conoce el valor de Huntingdon, quiere aumentarlo con este elemento. Se propone seriamente que el conde se enamore antes de partir.

Al efecto, ata al galán en una columna de piedra, en un amplio y suntuoso salón del castillo, y promete a las jóvenes que, la que logre enamorarle, recibirá como dote, regalo de él, tierras, castillo y escudos. Una nube de bellas muchachas rodea al joven conde. Y asistimos al maravilloso espectáculo de todas las sonrisas femeninas, de todas las dulces miradas, de toda la serie inacabable de sugerencias de que un cuerpo femenino es capaz, puestas en juego. El encanto de esta escena añade, al ambiente de alegría general, un nuevo, delicioso matiz.

Pero el conde continúa, si no insensible, indiferente. Mas, de pronto, algo lejano acaba con su indiferencia. Ha percibido que allá en el fondo de la inmensa sala de fiestas, el príncipe Juan y Gisbourne atropellan groseramente a la reina del Amor y de la Belleza en el torneo, a Lady Marian. Rápidamente, con un impulso vigoroso, se desprende de sus liga-

duras, abandona el amable cerco de lindas muchachas que le rodean y corre a salvar de las violencias del príncipe a la hermosa muchacha que le había colocado la corona triunfal, como reina de la fiesta, a él, el vencedor de Gisbourne.

Ya huía Lady Marian seguida por el príncipe. Y detrás de ambos corría, veloz, Huntingdon. En pleno castillo, cuando todos sus moradores gozaban alegremente, una delicada mujer, bellísima y de alma pura y limpia estuvo a punto de ser víctima de la brutalidad de un príncipe ineducado y borracho. Huía la infeliz previendo el peligro, perseguida muy de cerca e ignorando que aquel a quien amaba se disponía a salvarla. Recorre en su huida casi todo el castillo; sube y baja escaleras interminables; pasa rápida por oscuros pasillos; atraviesa salas silenciosas. Hela aquí ya en un punto elevado del gran edificio; hela, temblorosa y aterrorizada, sin saber qué determinación tomar. El príncipe llega junto a ella. Se advierte que va a empezar la acción violenta; el rostro de este hombre infame se contrae con cierto regodeo de satisfacción. Aquella flor está a merced suya; podrá si quiere troncharla.

Pero nada sucederá. Ha llegado ya, y se ha colocado entre los dos el valeroso conde. Dice a la bella Marian que confíe en él y reprocha al príncipe, duramente su proceder. Se respira en el aire la tragedia. Pero no llega a estallar. El príncipe, como la generalidad de los hombres malos, es un cobarde, y sufre los reproches del conde y acaba, finalmente, por marcharse, dejando a los dos jóvenes solos, allí en aquel sitio elevado, solitario y silencioso del castillo.

Se encuentran ahora, frente a frente, la joven enamorada ante el hombre a quien ama, y este hombre, deslucido y maravillado ante la belleza serena y perfecta de una mujer plena de encantos.

Huntingdon siente que su indiferencia acaba de sufrir un duro golpe; se da perfecta cuenta de que en lo más íntimo de su ser acaba de asentarse un sentimiento nuevo, hasta ahora desconocido; percibe que ya no podrá prescindir, en su vida, de aquella bella mujer; quiere hablar y no puede; intenta balbucear algunas palabras y no acierta; ha nacido en él, en fin, el amor. Se acerca y se retira, de tiempo en tiempo, de Marian; quiere besarle una mano y no sabe cómo; pretende decirle cuantas cosas van naciendo en él, delicadas y puras, y no dice nada; la ama, eso es todo.

La joven comprende lo que pasa en el alma del conde. Y se siente infinitamente feliz. Una vida nueva empieza para los dos. Las miradas y los gestos han dicho ya lo que los labios no dijeron.

Lady Marian se acerca a un rincón del muro, cubierto de flores, y graba en él el rostro del amado. Encanto singular del amor. Suprema delicia de este sentimiento cuando es compartido; se han olvidado de todo y de todos; de la Cruzada, de las fiestas del castillo, del Rey, de la persecución del príncipe, de la hora de la partida hacia Tierra Santa, que se acerca...

En efecto; están ya formadas las tropas, dispuestas para la partida. Los caballeros se despiden de sus amadas, e igualmente los soldados. Sólo falta Huntingdon. El Rey envía en su busca.

Llega el conde, acompañado de Lady Marian y la presenta al soberano como su prometida, con lo cual el Rey recibe una gran alegría, pues que era su mayor deseo que el conde fuese a la Cruzada enamorado...

El príncipe Juan despide a Gisbourne recomendándole que su hermano Ricardo no debe volver de Palestina, y Gisbourne le contesta que tampoco vol-

verá el conde: «La cabeza de Huntingdon contra la mano de Lady Marian», son las últimas palabras de despedida de Gisbourne.

Parien, al fin, las tropas con lujo de caballos y de lanzas. Reina gran entusiasmo.

Huntingdon ha dejado en el castillo, para cuidar de su dama, a su fiel escudero.

III

Cuando apenas han partido las Cruzadas con rumbo a Tierra Santa, ya empieza a sentirse en todo el país el yugo tiránico del príncipe Juan. Sobre el pobre pueblo cae, con todo su peso, la más brutal tiranía que fuera dable imaginar. Se cambian en todas partes los representantes de la autoridad, que eran adictos al Rey Ricardo, por secuaces del príncipe, gentes sin escrúpulos de ninguna clase y capaces de cometer los más abominables crímenes. Se implantan impuestos onerosos y crecidos y se obliga a los hombres a una servidumbre corporal, férrea y humillante. Las cárceles se llenan de desgraciados. Los hombres son arrancados de los brazos de sus esposas y de sus hijos para ser encerrados en calabozos inmundos y sombríos. El terror se extiende implacable, y las gentes tiemblan con sólo oír el nombre del príncipe. Los artesanos que no pueden pagar los impuestos, son despojados de todos sus enseres, y si se les ocurre formular la más tímida protesta, son maltratados inhumanamente.

Los mercenarios del príncipe, sin freno en sus correrías, despojan a los ciudadanos de cuanto poseen. El país, en fin, queda en manos de unos cuantos

bandidos que llevan a cabo, constantemente, las más inauditas y crueles hazas.

Se deplora por todos la ausencia del Rey y, especialmente las mujeres, arrastran una vida miserable y llena de sobresaltos, pues están constantemente expuestas a las violencias de las turbas del príncipe.

La miseria más espantosa se ceba en las infelices criaturas, pues que sus padres, despojados de todo, apenas pueden, los que no gimen en las cárceles, procurarles el sustento.

Se sabe positivamente que el Rey ignora esta situación, y se sabe también que si tuviera noticia de ella volvería a ponerle remedio. Pero ¿quién irá a comunicarle lo que ocurre?

Lady Marian, sintiendo su propio dolor y el dolor de cuantos han quedado en el país, escribe una misiva a su amado, el conde, expresándole, en pocas líneas, la situación general.

Parte con esta carta el escudero, el noble escudero del conde. Allí va corriendo aligros sin cuento, con este escrito en el que se narra sucintamente el dolor de todo un pueblo, y en la que se pide a Huntingdon que vuelva.

Esperan impacientes, en el castillo, una contestación que no llega.

El escudero había llegado a Palestina. Entregó a su señor la carta de Marian y una paloma mensajera que había de llevar al castillo la respuesta. Pero el enemigo del conde, Gisbourne, acechaba. Y cuando la paloma fué echada a volar con la misiva para Marian, soltó un halcón para que la capturara, como así ocurrió. Y en vano había de esperar la sufrida enamorada contestación de quien había de salvarla y salvar acaso al país de la tiranía en que estaba sumido.

En cuanto Huntingdon leyó la carta de su amada,

se formó el firme propósito de partir para Inglaterra, y así lo escribió en la carta que no había de llegar a su destino.

Contaba, para obtener el permiso del Rey, con hacer valer solamente la simpatía que se profesaban, y no con decir la verdad de las causas que le impulsaban a emprender el viaje, pues estaba seguro de que, si el Rey sabía el porqué de su vuelta, abandonaría la Cruzada y volvería con todas sus tropas a Inglaterra. Como el conde tenía gran interés en que no se malograra la empresa que los había llevado a Tierra Santa, de aquí su propósito de no revelar al Rey la situación a que el príncipe había llevado el reino.

No esperaba, de ningún modo, que la negativa del Rey, a lo que le pedía, fuese tan rotunda. Insistió, rogó, suplicó, mas todo fué en vano. El Rey no le concedió permiso para el viaje. Sin embargo, no le reveló las causas por las que creía necesario partir, y se dispuso, aun incurriendo aparentemente en el delito de desobediencia o de abandono de sus deberes, a salir inmediatamente para Inglaterra.

Pero Gisbourne, torvamente, seguía acechándole. Y en el momento en que el conde y su fiel escudero preparaban los caballos para huir, llevando como objetivo el liberar a Inglaterra de su ominosa tiranía, el favorito del príncipe con algunos secuaces suyos, cayó, disparando sus flechas, e hiriéndole, sobre Huntingdon. Herido y maltratándole, le llevaron a presencia del Rey. Ricardo, no conociendo los nobles motivos que impulsaban a su favorito para dar un paso de tal gravedad, le recriminó duramente y mandó que fuese encerrado en prisión hasta terminar la Cruzada. Gisbourne estaba satisfecho, aunque no completamente. Insistió ante el Rey asegurando que un delito como el que el conde acababa de cometer, de-



Durante la filmación de Robin de los Bosques, Douglas, embolesado, sacó en el radiófono la voz de Mary, su mujerita, quien a 64 kilómetros de Los Angeles filmaba Texas en el país de las tormentas.

bía ser condenado con la muerte. El Rey no dió oídos a tales palabras; más bien las rechazó, con alguna frase imperativa ante la cual Gisbourne no insistió más.

Pero si el Rey hubiera podido observar los cambios y transformaciones que tenían lugar en el rostro del favorito de su íntimo hermano, acaso habría podido vislumbrar un rayo de luz que le iluminara acerca de los hechos que el conde había intentado realizar.

Estaba demasiado preocupado con lo que él juzgaba pérdida de su mejor amigo, para poder percibir cosas que tanta reflexión requirieran.

He aquí, pues, la situación en estos instantes. Un Rey que se siente desgraciado por lo, para él, inexplicable del proceder de su más fiel y más leal servidor; un hombre gozoso, Gisbourne, porque empieza ya a realizar su premeditada venganza; el conde, herido, arrojado en un sucio calabozo, con unos hierbajos secos, por todo lecho; en otro calabozo cercano, su escudero, preso también. Y una orden además, dada por Gisbourne al carcelero, de que los cuide mientras el Rey y sus tropas permanezcan en Tierra Santa; pero que, en el momento que partan, les deje morir. Y para asegurarse de que así será hecho, una fuerte recompensa entregada al guardián, de quien había de depender la vida de ambos jóvenes. Esto en Palestina.

En Inglaterra seguían los abusos de las turbas a las órdenes del príncipe Juan y de sus mercenarios. Los hombres seguían llenando las cárceles, las criaturas continuaban muriendo de hambre y las mujeres veían cada día aumentar las causas de su terror, pues en ninguna parte, ni en los sitios más sagrados, estaban seguras contra las violencias de la multitud libertina, de los jóvenes bárbaros que, a cambio de

hacer cumplir las órdenes del príncipe, tenían libertad para cometer todos los excesos. Los comerciantes, los artesanos, cualquiera que tuviera tratos con los servidores del príncipe, tenían que sufrir constantemente insultos y golpes, injurias y bofetadas.

Las jóvenes vivían reclinadas, escondidas en los últimos rincones de sus moradas, temiendo siempre la irrupción de las hordas. Y un temblor constante, de terror y de miedo, es el signo más visible de vida que pudiera advertirse en sus cuerpos y en sus rostros.

En el castillo, la presencia del príncipe hace que las damas, con rostros transfigurados, prontas a la huida y a arrojarse por cualquier ventanal del edificio, se vean apoyadas contra las columnas y sobre las paredes, con una mirada fija en sus ojos, como si estuvieran mirando cara a cara a la muerte.

IV

Pronto fué notada, por el príncipe Juan, la ausencia del escudero de Huntingdon, y en seguida, para averiguar su paradero, mandó traer a su presencia a la doncella de Lady Marian, sospechando, fundadamente, que ésta sabría lo que él deseaba saber. La doncella se mantuvo en sus negativas durante bastante tiempo, asegurando ignorar todo cuanto le preguntaban. Pero el príncipe no era hombre que retrocediera en sus intentos, aunque para llegar al final hubiera de cometer toda clase de tropelías y de crueldades.

Y en efecto; ante la insistencia de la doncella en negar qué había sido del escudero del conde, ordenó que se atormentara a aquella pobre mujer hasta que

confesara cuanto supiera de aquel asunto. Le amarraron las manos a una mesa propia para ello y empezó el tormento, más cruel a cada momento que pasaba, hasta que la infeliz, incapaz de resistir tan terribles dolores, en medio de gritos angustiosos y de gemidos que hubieran conmovido a gentes de la más terca sensibilidad, pero que no conmovieron al príncipe ni a sus servidores, confesó lo que sabía: «El escudero del conde ha partido para Palestina con una carta para su señor de Lady Marian, mi señora.»

Ya ha conseguido el príncipe saber lo que deseaba.

Sueltan las ataduras de la atormentada doncella y el príncipe, dirigiéndose a los que le rodean, sin cuidarse de que le oiga o no aquella muchacha, asegura que va a ser presa inmediatamente Lady Marian, y que, en seguida, se le dará la muerte que merece por sus indiscreciones.

La doncella no espera a oír el final de las palabras del príncipe. Olvidándose de su propio dolor, huye hacia las habitaciones en que suele estar su señora, acompañada de otras damas, tan desgraciadas como ella, como todas las pobres mujeres del reino, que está a merced de un príncipe brutal y libertino, bárbaro y sanguinario.

Rápidamente, con palabras entrecortadas pero expresivas, emocionada hasta un límite inexpressable y henchida de cariño por su señora, como de temor ante el peligro que aquella persona tan querida corre, le explica la situación; lo que se ha visto obligada a confesar y las palabras que, como consecuencia de su confesión, ha pronunciado, en su presencia, el príncipe.

Sin perder ni un instante, se prepara la huida de señora y doncella. Y cuando momentos después en-

tran en su busca los esbirros del príncipe, sólo encuentran a todas las demás damas aterrorizadas.

Por uno de los amplios ventanales, a los que se acercan, se ven dos caballos que parten al galope, llevando, quien sabe adonde, a las dos mujeres fugitivas.

El príncipe ordena que salgan los mejores jinetes en su persecución. Y poco después, por el mismo ventanal, vemos que un numeroso grupo de mercenarios parten, veloces, en persecución de Marian y su doncella.

Cuando aun no ha pasado mucho tiempo, junto a un caserío asentado en el borde de un abismo, encontramos a la doncella de Lady Marian llorando, al parecer desconsoladamente. Llegan los perseguidores y, según ella les dice, su señora, en una revuelta que hace allí el camino, yendo al galope con su caballo, se desprendió de él y fué a hundirse en aquellas sucias, estancadas aguas. Lo creen así los esbirros y vuelven al castillo. Luego las dos mujeres—Lady Marian estaba escondida—reemprenden la marcha.

Entretanto, en Palestina, la guerra había terminado con un triunfo completo de las tropas del Rey Ricardo. Celebrada convenientemente la victoria, el Rey se dispone a regresar a Inglaterra. Se celebran grandes fiestas militares en honor del vencedor y asistimos a vistosos y pintorescos desfiles de tropas, en los que, confundidos los trajes de los soldados de unos y otros ejércitos, forman un conjunto extraordinariamente diverso de colorido, no faltando, probablemente ningún matiz.

El Rey seguía ignorando lo que ocurría en Inglaterra; no tenía ninguna noticia referente a las crueldades e infamias que estaba cometiendo su hermano y vivía, respecto a este particular, completamente tranquilo. Tampoco, por lo visto, había vuelto

a acordarse de su fiel servidor, el conde de Huntingdon. Parte, en efecto, con sus tropas, de Palestina, olvidando al prisionero.

Pero no le había olvidado su noble escudero. Y el mismo día que las tropas abandonaban el palacio que habían ocupado en Tierra Santa, procuró, con un esfuerzo formidable, doblar la reja de su calabozo. Y cuando el carcelero se acercó allí, le cogió con sus manos hercúleas, por la cabeza, obligándole así a que abriera la puerta de su prisión. Un momento después, el conde y su escudero estaban libres y partían también, por diverso camino, hacia Inglaterra.

En tanto, el príncipe continuaba su obra de exterminio. Pero ya los descontentos y rebeldes habían crecido en número y se iban congregando en un bosque cercano. Cada día aumentaba la afluencia de descontentos. Los comerciantes abandonaban su comercio, los artesanos dejaban inacabadas sus tareas e ibanse a engrosar las filas de los rebeldes.

En el castillo y en sus alrededores, como asimismo en todas las ciudades del reino, se hacía una activa propaganda en contra de la tiranía del príncipe Juan y en defensa de los derechos del Rey Ricardo. Y para defender estas causas, se invitaba a las gentes a irse, abandonándolo todo, al bosque.

Así habían llegado a reunirse ya centenares de hombres de todas clases: nobles, clérigos, artesanos y comerciantes. Una esperanza de acabar con la tiranía los animaba. El deseo de salvar a sus mujeres de la ignominia, era elemento formidable de unión y de acuerdo mutuos.

Al calor de estos postulados, las ciudades se iban, poco a poco, despoblando. Los hombres más indiferentes, en cuanto recibían una injuria, de las que acostumbraban a inferir los mercenarios del príncipe,

corrían, abandonando sus negocios y quehaceres, al bosque.

Aquello era un movimiento espontáneo y, por lo mismo, admirable.

Se repartían profusamente las insignias del Rey Ricardo, como bandera que había que defender, y en muchas ocasiones, eran las propias mujeres, desesperadas, las que aconsejaban a sus maridos que debían partir hacia el bosque, a unirse con el ejército rebelde, que se estaba formando.

El príncipe empieza a inquietarse por la alarmante proporción que va tomando el descontento y la huida al bosque, pero confía en que podrá, fácilmente, dominar la rebelión.

Entre los rebeldes, cada día más numerosos, sólo se esperaba la aparición de un jefe audaz que les dirigiera a dar la batalla a la tiranía, al triunfo sobre el infame príncipe que tantos crímenes estaba cometiendo.

V

Y el jefe llegó. Es el conde de Huntingdon, que ahora, al ponerse al frente de estas huestes decisivas, se hará llamar Robin de los Bosques. Su serenidad, su audacia, su valor, asombra y admira a todos los rebeldes. Le obedecen ciegamente. No discuten nunca sus órdenes; las acatan simplemente, sin demora alguna. Tanta es su influencia, tal confianza se tiene en su acierto y en su valentía, que si ordenara echarse a un abismo, nadie dudaría, ni por un momento, en obedecerle.

Robin de los Bosques es un hombre, ya lo sabemos, alegre, decididor, franco, y dondequiera que él

está reina la alegría, la franqueza, la sinceridad. Le escuchan todos admirados y cunde el ejemplo de su decisión hasta a los hombres más tímidos y pacíficos. Salta con una agilidad sorprendente y hasta los más ancianos le imitan. Es el verdadero jefe. Nada de disciplina forzada; todo se hace voluntariamente y siempre, para cualquier gestión que haga falta un hombre, se ofrecen todos a llevarla a cabo. Y, como el propio Robín de los Bosques, es el primero en estar dispuesto para hacer cualquier cosa que sea menester, y sea de la clase que sea, para todos es un deber asentado en lo íntimo de sus conciencias de que deben obrar del mismo modo. Y no hay, en efecto, ningún rehacio. Cualquier otro jefe acaso habría deshecho, con su conducta, la perfecta unión de estos hombres. Robín los ha unido aún más. Su simpatía, que se extiende a todo cuanto le rodea, ata a los hombres con los lazos más duraderos. Siempre está de buen humor y espante este estado de ánimo como un sembrador esparce sobre la tierra el trigo.

Así, en todos los rostros es visible la satisfacción interior de que gozan. Y se advierte también que todos están prontos al sacrificio, si es que es necesario. Robín de los Bosques ha infundido en el alma de estos hombres algo excelso, una parte del tesoro que encierra su alma privilegiada.

Robín, o sea, el conde de Huntingdon, había llegado hasta el bosque tras penalidades infinitas desde su partida de Palestina. En cuanto llegó a Inglaterra, tuvo conocimiento de la leyenda que corría referente a la muerte de su amada. Fué hasta el caserío en que se suponía había ocurrido el accidente y allí, una viejecita, le confirmó lo que él ya había oído decir. Le llevó junto al abismo y le explicó cómo había ocurrido el accidente. Se ve que para todos, realmente, con el fin de que el príncipe no dudara

de la veracidad de la noticia, Lady Marian había muerto. Sólo su doncella sabía que esto no era cierto. ¿Logrará también el enamorado conde saber que su amada vive?

Por lo pronto, sintiendo sangrar su corazón, ha sabido, con detalles, la muerte de la mujer querida. Y allí mismo, junto al abismo, alzando la cruz de su espada hasta los labios, y besándola, juró vengarse. En seguida partió para el bosque a reunirse con los rebeldes y ya hemos dicho cómo éstos, no sólo le recibieron con grandes muestras de alegría, sino cómo le acataron, sin tardanza, y cómo fué desde su llegada el jefe.

Entretanto, venían hacia Inglaterra, por jornadas, el Rey y sus tropas. Se había acabado la guerra y volvían al país, sin que Gisbourne llevara a cabo todos sus planes. Creía, en verdad, ya muerto a su rival el conde, pero el Rey estaba aún vivo. Tenía que matarlo inmediatamente. Y, en efecto. Una noche, llega hasta la tienda de campaña del Rey, en las altas horas de la madrugada, cuando ya todos los hombres descansan, y hunde su puñal, varias veces, en un cuerpo dormido, que no era, como Gisbourne creía el del Rey, sino el de su bufón.

En seguida de realizado su crimen, el favorito del príncipe, con sus adictos, parte rápidamente a llevar la nueva a su señor y a reclamar la recompensa convenida, o sea la posesión de Lady Marian.

El Rey supo, momentos después del asesinato del bufón, quién había sido el que quiso asesinarle a él, no sólo por la huida de Gisbourne y los suyos, sino también porque éste había dejado su puñal, inconfundible por la inscripción, clavado en el cuerpo del cadáver.

Cuando el Rey y sus tropas llegan a Inglaterra, Ricardo tiene noticia de todos los crímenes de su

hermano y alguien le dice que Robin de los Bosques, el jefe de los rebeldes que combaten al príncipe y le defienden a él, no es otro que el conde de Huntingdon. Comprende entonces su error y con una alegría sin límites, al comprobar que su amigo y servidor vive y que además está luchando en su defensa, se hace el firme propósito de rectificar, en lo que sea posible, su pasada equivocación.

Mientras, Robin y los suyos sostienen con los mercenarios del príncipe una lucha de guerrillas afortunada y hábil por parte de los rebeldes. A cada fechoría del príncipe y de los suyos, responde sin tardanza, Robin de los Bosques, con una cumplida venganza. Las flechas de los rebeldes entran por todas partes y se clavan junto a los sitios donde se encuentran los tiranos. Robin de los Bosques es el defensor incansable de los débiles y de los oprimidos.

Los esbirros del príncipe, aprovechando sus últimos tiempos de libertinaje, asaltan la Abadía de Santa Catalina y desvalijan cuanto en ella hay de valor, con gran asombro y terror de las monjas allí reclusas. Robin tiene noticia de este hecho; les sale, con los suyos, al encuentro y después de corta lucha, en que salieron vencedores, recogen todo cuanto los vencidos habían robado y parten hacia el convento a devolverlo. Gran alegría para las monjas. Momento de regocijo general. Rien contentas, todos, rien Robin y los suyos.

Pero una sorpresa inesperada, excepcional, aguarda al simpático Robin de los Bosques en la Abadía. Una monja le ha reconocido. Y, acercándose a un fraile que va entre los que le acompañan, le comunica que Lady Marian, la prometida del conde de Huntingdon, está allí. La monja va en busca de Marian para prepararla y el fraile se acerca a Robin con el mismo objetivo.

Y un momento después, en un apartado rincón del bello jardín monjil, el conde y su amada se encuentran, se miran, se abrazan. Es como el volver a nacer de los dos. No encuentran palabras que decirse, y en vano fuera que las dijeran, caso de encontrarlas. No hay frases que expresen ciertos estados de ánimo; no hay palabra humana con suficiente sentido dramático para dar la sensación de lo que se siente en determinados momentos; no hay la frase justa, emocionada, tierna y multiforme que sea apropiada para dar forma a los sentimientos que nacen, abundantes, como el agua de una fuente, en ciertos instantes de la vida de las criaturas. Lady Marian y Huntingdon se encontraban juntos después de haber creído, uno y otro, que la persona querida había muerto. ¿Qué habrían de decirse? Se miraban, calladamente, con las manos del uno en las del otro, y fijas las miradas, henchidas de la emoción más profunda, más honda, de una emoción que nacia en lo más recóndito de sus almas.

Llega el momento de la partida. Se preparan los caballos. Saltan sobre ellos los jinetes. Les despiden, agradecidas, las monjas. Robin de los Bosques, con una mirada en la que hay todo un mundo de promesas de amor, se despide de su amada. Monta en su caballo. Y todavía, desde la puerta su prometida le da el último adiós. Parte Robin al galope. Unas nuevas alas le han nacido. Vuela con ellas. Son las alas de una felicidad que ya no esperaba.

VI

Un despreciable espía del príncipe ha presenciado y oído cuanto ha ocurrido en la Abadía entre el conde y Lady Marian. Vuela con la noticia para su se-

ñor, tan despreciable como él. Y el señor, en cuanto sabe que el conde vive, que vive también su prometida, envía a unos cuantos esbirros para que le traigan sin tardanza a Lady Marian, y ordena a todas sus tropas que cerquen el bosque donde se halla Robín al frente de sus rebeldes, y que no vuelvan mientras no traigan a éste prisionero.

Los centinelas del bosque se han percatado de la maniobra de las tropas del príncipe, avisan del peligro a Robín. Este, que precisamente había quedado con su amada en ir a verla a aquella hora, viendo la imposibilidad de cumplir su promesa, le envía un mensaje de que le espere a otra hora. Y, cumplido este requisito, reúne a los rebeldes y les dice que, supuesto que las tropas del príncipe cercan el bosque, ellos pueden partir y apoderarse de la ciudad. Deja, para que los esbirros del hermano del Rey no se percaten de su maniobra, gran parte de sus hombres allí y marcha, con los demás, a apoderarse de la ciudad.

Antes de esto, un hombre, cubierto el rostro, se ha presentado en el campamento pidiendo le admita entre los que acatan las órdenes de Robín. Se le somete a las pruebas de valor acostumbradas, y queda admitido. Es el Rey Ricardo Corazón de León. Pero nadie le ha reconocido.

He aquí a Robín de los Bosques y a sus acompañantes en la ciudad. Ha cerrado las puertas y ha convocado a todos los habitantes invitándoles a que se rebelen contra la tiranía del infame príncipe Juan. Le escuchan atentos y se disponen, sin dudar, a obedecerle.

En una gran plaza, subido en una altura desde la que domina a todos sus oyentes, les dirige la palabra, encendida y emocionada, explicándoles qué es lo que deben hacer.

Entretanto, el mensajero que envió a la Abadía, se acerca, a todo el correr de su caballo a la ciudad. Los que guardan la puerta de entrada, le reconocen y le abren. Continúa su carrera; llega a la plaza; atraviesa por entre la compacta multitud y se acerca a Robín. Y le da la mala noticia que trae. Las monjas le han dicho que los esbirros de Juan han sacado de la Abadía, violentamente, a Lady Marian.

El rostro de Robín se contrae. Salta desde la altura en que se encuentra y escapa, rápido, a pie, hacia el castillo, temiendo llegar tarde para salvar a su amada.

Lady Marian se encontraba ya, en efecto, en el castillo. Ha sido traída por quienes el príncipe envió con este objeto. En cuanto estuvo en su presencia, ordenó que fuera encerrada; pensaba darle muerte después.

Ha llegado también Gisbourne y sus gentes. Explica la muerte, así lo cree él, del Rey. El príncipe se nombra Rey en seguida y ordena que se haga conocer por todo el reino este acontecimiento.

Gisbourne recuerda al príncipe su promesa, referente a Lady Marian. Pero el príncipe, que se cree Rey, apenas le escucha. Entonces Gisbourne, aprovecha un descuido de su señor y le sustrae del cinto la llave de la habitación en que se encuentra encerrada la mujer que desea.

Se dirige hacia allá. Entra. Y en el rostro de la desgraciada Lady Marian se reflejan, al ver tal visita inesperada, todos los terrores de su alma.

Gisbourne empieza a acercarse a ella. Se ve en su cara un gesto brutal, clínico. Están solos, lejos de todos, en una habitación desde la que no llegaran hasta donde puedan oírse los gritos de la víctima. Y con este pensamiento, se dispone a realizar sus terribles propósitos.

La bella joven se defiende, grita, lucha, se esfuerza por escapar de las garras de la bestia. Pero advierte que sus fuerzas se agotarán pronto; ella es débil, él es fuerte; vencerá él. Pero no está dispuesta a ser vencida. En el fondo de la habitación hay una ventana que da a uno de los fosos del castillo. Morirá si se arroja, pero se dispone a morir.

En uno de los momentos en que se acerca a aquella ventana, Robin, que ya ha llegado al castillo, que ya sube a él por las paredes, con saltos, dispuesto a entrar, la ve. Se encuentra en un muro que está separado del castillo por algunos metros. En el fondo está el profundo foso. Mas no duda. Sobre la pared del castillo crecen algunos hierbajos. Salta desde donde se encuentra y se coge a aquellos hierbajos. Sosteniéndose en ellos va a subir para entrar por la ventana en que ha visto a su amada. Y antes de llegar, recibe en su brazo libre el cuerpo de ella que, desesperada, se arrojaba ya al foso, a la muerte.

Helo ya dominando; helo ya dentro de la habitación; helo luchando con Gishourne y venciéndole al fin.

Pero las tropas del castillo se han dado cuenta de lo que ocurre e invaden la torre en que se encuentra presa Lady Marian y con ella, ahora, Robin.

Nueva lucha entre éste y los soldados del príncipe Juan. Rendido, tras largo combate, y acaso confiando en que los suyos están a punto de tomar el castillo, se entrega. Es conducido a presencia del infame príncipe Juan, y éste ordena que le aten a una columna y pone, para que lo vigilen, a cuarenta arqueros.

Robin ve cómo se acerca el final de su vida; advierte que el príncipe va a ordenar, de un mo-

mento a otro, que disparen las flechas contra su cuerpo amarrado.

Desde lejos, Lady Marian presencia todo esto. Su rostro pasa por todas las fases posibles del sufrimiento. Y cuando ya desespera de la suerte de aquel a quien tanto ama, alguien le dice que no sufra, que nada ha de ocurrirle al conde.

En efecto; el castillo se va llenando de tropas rebeldes; entran por todas partes, penetrando por doquiera, lo invaden todo.

Cuando el príncipe hace la señal convenida para que sea muerto Robin, la cual consistía en dejar caer su puñal, un escudo protector cubre el cuerpo del noble, del valeroso joven. Era el escudo del Rey.

Inmediatamente después, de todas partes afluyen al salón tropas y más tropas rebeldes. Son presos los servidores del príncipe y éste es arrojado despreciativamente del castillo.

A presencia de todos, el Rey hace la confesión de su culpa por haber desconfiado del conde de Huntingdon, su noble servidor, el valiente Robin de los Bosques, que había defendido su trono con tanto fervor, con tanta fe y con tanto entusiasmo. Y que había defendido también, con igual pasión, los derechos de todo el país, pisoteados por su despreciable hermano.

Al día siguiente se celebra la boda del conde y Lady Marian. Todo el país está de fiesta. El castillo real brilla como en sus buenos tiempos, como en otras fiestas memorables, haciendo recordar otro día feliz, el del torneo en que Huntingdon salió victorioso.

Los dos jóvenes son colmados de agasajos.

Eltos se sienten tan felices que esperan impacientes la llegada de la noche, del silencio y de la

soledad donde poder, gratamente, hablar, entre delicadas y sedantes caricias, de su gran cariño.

Llega la noche. Ya están en la sala nupcial. Ya Huntingdon abraza a su esposa. El Rey llama repentinamente a la puerta. El conde oye sus llamadas, pero no contesta. El Rey entonces grita, llamándole una vez y otra por su nombre. Huntingdon le oye perfectamente, pero tampoco contesta.

Le ha llegado su hora de ser feliz y las llamadas de fuera no le conmueven. Son más poderosas las que siente en sí mismo, son más intensas. Es feliz, completamente feliz. Tiene en sus brazos y se siente abrazado por la mujer a quien ama y de la que se sabe amado!

El amor es un rey más poderoso que todos. Cuando él manda, se desobedecen todos los demás mandatos.

El Rey sigue llamando, pero Huntingdon no contesta.

FIN

FIGURINES DE MODAS

Los más elegantes, los más prácticos, los preferidos por el público de buen gusto, son los siguientes:

Album de Bal	Anual	10'— pta.
Blouses Artistiques	Temporada	5'— "
Blouse Ideal	"	2'50 "
Chapeaux Modernes	4 veces año	3'20 "
Ideal Parisien	Mensual	3'— "
Joie des Modes de Paris	Temporada	4'— "
Mateaux et Costumes de Promenade	"	3'— "
Mode de Paris	"	3'— "
Mode Nationale	Mensual	1'25 "
New Ladies Fashions	10 veces año	6'— "
Patrons Favoris Dames	Temporada	3'— "
Patrons Favoris Ceremonies	"	5'— "
Patrons Favoris Blouses	"	5'— "
Patrons Favoris Enfants	"	3'— "
Patrons Favoris Lingerie	"	5'— "
Patrons Favoris Gentlemens Fashions	"	5'— "
Patrons Favoris Tailleur	"	5'— "
Patrons Favoris Travestis	Anual	5'— "
Paris Chic	Mensual	5'— "
Toilettes d'enfants	Temporada	2'50 "
Toilettes Modernes	"	3'25 "
Ultima elegancia	"	1'25 "
Tres chic	"	4'— "

Estos títulos no necesitan comentario; figuran a la cabeza de sus similitudes y su difusión es inmensa entre la verdadera elegancia del mundo entero. Descuentos convencionales a los señores correspondientes y libreros.

Pedidos acompañando su importe a **Publicaciones Mundial**, Barbadé, 15. Apartado 925 — Barcelona

Publicaciones Cinematográficas

Colección de 125 retratos-postales de los mejores artistas de la pantalla.

Cada postal fotográfica, 0'20 ptas. La colección completa, franco de portes, 22 ptas.

Magníficas ampliaciones artístico-fotográficas (24 x 30) de los «ases» del cine, a 1'25 ptas. ejemplar, franco de portes.

ARGUMENTOS - NOVELAS DE SERIES CINEMATOGRAFICAS

El hombre sin nombre.—Hermoso tomo en octavo grande, con ilustraciones; extensa lectura relatando en forma de novela la trama de tan interesante serie. Ejemplar, 1'50 ptas.

La hija de la ajusticiada.—Cautivante narración literaria en la que se describe un episodio de la vida íntima de Napoleón. 0'60 ptas. ejemplar.

El Doctor Mabuse.—Obra de intriga, cuyo asunto se desarrolla en la alta sociedad alemana. Lleno de interés hasta su colozo, en que el bien triunfa de la maldad. 0'50 ptas. ejemplar.

Pedidos acompañando su importe a **Publicaciones Mundia!**, Barbará, 15. Apartado 925 — Barcelona